

ORÍGENES DE LO NEGATIVO VENEZOLANO. LOS ARTÍCULOS DE COSTUMBRES EN EL PROCESO DE CONFIGURACIÓN SIMBÓLICA DE LA NACIÓN

Omar Osorio Amoretti
Universidad Simón Bolívar
osorioamoretti@hotmail.com

RESUMEN

A través del análisis de tres artículos de costumbres publicados en el año de 1839, intentamos explicar cómo, desde sus inicios como república, la élite venezolana denunció mediante esta forma narrativa las irregularidades de su sociedad. Sin embargo, al no producirse un cambio en las situaciones descritas, los artículos costumbristas permitieron (gracias a la insistencia de sus contenidos y a su amplia difusión) el desarrollo de una imagen global y un tanto definitoria de la idiosincrasia nacional, uno de cuyos rasgos sería la desconfianza (cuando no resentimiento) de esa élite en relación con el pueblo, a quien consideraba incapaz de integrarse al proyecto civil. Este fenómeno, que podríamos llamar *visión derrotista del carácter nacional*, influye en la producción intelectual y artística del siglo XIX y perdura, con sus altos y bajos, en la del XX y XXI.

PALABRAS CLAVE: costumbrismo, literatura venezolana del siglo XIX, imaginario, nación.

ORIGINS OF THE VENEZUELAN NEGATIVE FACETS. THE COSTUMBRIST ARTICLES IN THE NATION'S SYMBOLIC CONFIGURATION PROCESS

ABSTRACT

Through the analysis of three costumbrist articles published in 1839, we try to explain how, since its beginning as a republic, the Venezuelan elite used this narrative form to denounce the irregularities of its society.

Although, as the situations described in those articles did not change, these texts encouraged (due the insistence and the wide dissemination of their contents) the development of a global and distinctive image of the national idiosyncrasy, characterized among other things by suspicion (if not, resentment) from that elite towards the people, considered unable to fit in the civil project. This phenomenon –we could call it defeatist vision of the national character– influences the intellectual and artistic production from the 19th century and persists, with highs and lows, in the 20th and 21th centuries.

KEYWORDS: costumbrismo, 19th century Venezuelan literature, imaginary, nation.

¡Conciudadanos! Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás.

(Simón Bolívar. Congreso de Bogotá, 20 de enero de 1830)

Del teatro pasamos a nuestra cama; largo fue el insomnio recordando las variadas escenas del día, pero dormido al cabo, soñamos que habíamos despertado, como los seres a quienes protegen las Buenaventuranzas, en una República próspera y feliz, sin malos gobernantes, sin agiotistas, sin traidores y sin maulas. Ya que no haya realidades, vengan siquiera los sueños a consolarnos.

(Luis D. Correa. «Un día festivo en Caracas»)

INTRODUCCIÓN

Cuando el 28 de julio de 1911 Eduardo Blanco era homenajeado como parte de una serie de festejos que el gobierno de Juan Vicente Gómez tenía preparado en conmemoración al centenario de la independencia nacional, estaba claro para el sector letrado que no

se le ensalzaba por pertenecer a una de las familias más ilustres del país ni mucho menos por haber sido (como de hecho lo fue) un hombre respetuoso de la moral y las buenas costumbres. Aquel día se hacía la apoteosis de un hombre que había construido, en una serie de cuadros narrativos, nada menos que el mito fundacional de la nación venezolana, aquel que se entronca con los próceres de la emancipación y hace de la gesta de estos hombres el origen y fin de la dinámica social de su gente. Podría decirse sin temor a exagerar que, a pesar de la existencia de una historiografía desde principios de 1840, con *Venezuela heroica* la historia penetra con fuerza en la memoria colectiva de la población.

Sin duda ha sido un texto con buena suerte, pues desde su aparición en 1881 y 1883, cuando surge su versión definitiva, ha tenido una acogida favorable desde las instancias del poder político, hasta el punto de ser impartido en los programas de bachillerato¹ hasta el día de hoy. Este hecho tiene una importancia capital para Venezuela desde el punto de vista simbólico, pues demuestra que se logró establecer a través de los mecanismos institucionales una visión compartida sobre los orígenes de la nación. Pinceladas bélicas llenas de acción y valentía, de luchas justas e ideales elevados con los cuales configurar una épica que, si bien no es original desde el punto de vista compositivo, es altamente atractiva y sobre todo autóctona: nuestros protagonistas sociales.

Pero este optimismo no era el resultado de una sociedad satisfecha de sí misma, ufana de los logros obtenidos gracias a su vida republicana, sino todo lo contrario: era el producto necesario de un colectivo al cual la realidad cotidiana le había mostrado su faceta más dura y frustrante.² En la medida en que aquella Venezuela empobrecida por la guerra de Independencia, derruida y con serios problemas sociales sin solucionar se mantenía en el tiempo, la comunidad intelectual se aferraba más a un pasado glorioso como forma de contrarrestar un presente indeseado. Es el tiempo en el que Juan Vicente González se lamenta de la muerte de Fermín Toro, pues, como dice en la meseniana correspondiente: «acaba de abrirse

¹ En su época fue impartido como texto de estudio de la historia de Venezuela, hoy se estudia como un exponente de la literatura venezolana del período romántico.

² Al respecto, véase Straka (en González Stephan y Sandoval, 2011). También resulta muy esclarecedor el trabajo de Germán Carrera Damas, ya un clásico en el tema: *El culto a Bolívar. Esbozo para un estudio de las ideas en Venezuela* (1969).

una tumba, y ha caído en ella el último venezolano, el fruto que crearon la aplicación y el talento, y que sazonó la paz en los envidiados días, que para siempre huyeron, de gloria nacional! [sic]», para luego afirmar categóricamente la llegada de una hora menguada en el destino de la nación venezolana: «Llorarle es afligirse con los destinos de un pueblo condenado a vivir de la ceniza de sus días pasados! [sic]» (1986: 22). De esta manera, igual que en el infierno de Dante, el habitante que poblara estas tierras debía abandonar toda esperanza.

A pesar de que la intelectualidad venezolana de los años sesenta del siglo XIX mantiene una postura derrotista susceptible de ser interpretada como uno de varios motivos por los que la *Venezuela heroica* de Blanco se convierte en la punta de lanza de un proyecto de identidad nacional perdurable en el tiempo, el fenómeno no comienza ahí. De hecho, ya desde los primeros años de la república los artículos de costumbres que publicaban los diarios se encargaron de establecer una imagen de lo que, parodiando un poco a Augusto Mijares, podríamos llamar «lo negativo venezolano». Es aquí donde se encuentra el germen de aquel malestar que con el tiempo desembocaría en un desencanto sistemático traspasado de generación en generación.

Porque antes de llegar a la nostalgia, el primer paso de la sociedad es sondear el presente: su gente, sus costumbres, sus aspiraciones. Solo sobre la base de ese resultado es que se podrá llegar después a la conclusión un tanto manriqueana de que «Cualquiera tiempo pasado / Fue mejor» (Manrique, 2001: 5).

En las páginas que siguen se hace un breve análisis de algunos artículos de costumbres del primer período republicano con la finalidad de mostrar cómo en estos germina una representación simbólica negativa de la nación venezolana.

UNA REPÚBLICA SIN REPÚBLICOS

Una vez establecidas las bases legales, geográficas e históricas con las cuales definir desde el punto de vista institucional la república venezolana, la vida pública comienza una nueva dinámica en la cual sus principales actores participan con entera libertad de pensamiento, si bien esto no necesariamente implica un goce equitativo del poder.

De esta manera, desde la ruptura de la República de Venezuela con la de Colombia en 1830 se llevó a cabo un proceso político ampliamente deliberativo en el cual el periódico juega un papel primordial. Su campo de acción mostraba no solo los problemas inherentes a la cosa pública (algo a todas luces obvio y necesario), sino que también delataba una actitud de la sociedad letrada de su momento con relación a una patria que estaba comenzando sus primeros pasos como nación independiente. Entraba, tal vez sin quererlo, en un área social indivisible de la cultural.

El Estado venezolano nunca descuidó la importancia de los medios impresos en la sociedad. Este no solo había servido como instrumento ideológico con el cual justificar el proceso independentista sino que, incluso en momentos donde la paz era una conquista palpable, llegó a ser un arma de doble filo difícil de evitar³. Desde sus inicios republicanos la prensa tomó un espacio donde las opiniones expresadas eran abiertas (en tanto se dirigían a un público determinado) y a su vez influyentes (en tanto permitían el acto de comunión con lo leído, de asumir como suyo algo que en principio era ajeno), lo que contribuyó en buena medida tanto a la buena como a la mala visión que la población tuviera sobre su Gobierno. Pero su rango de acción iba más allá y es precisamente esta característica la que, a lo largo del tiempo, fue creando en la sociedad venezolana las condiciones mentales y espirituales que permitirían elaborar un concepto determinado de aquello que significaba ser venezolano en aquella época.

Sin duda fue un proceso lento y quizás involuntario, aunque de resonancias perdurables en la psique nacional. Al difundirse paulatinamente una serie de textos que reflexionan sobre las minucias que componen la nación venezolana (artículos de prensa, caricaturas, crónicas de viajes, etc.), la población percibe estos artefactos culturales como representaciones reales de su vida cotidiana, formando de esta manera una imagen fidedigna que la conceptualiza

³ Así, cuando la independencia sea un hecho y la discordia entre los patriotas comience a florecer, la prensa tendrá un rol desestabilizador contra el Gobierno. Serán los tiempos en los que, como expone Pedro D. Correa, «un grupo de padres de familia se dirigen [*sic*] al Libertador presidente, solicitando se ponga reparo a la prensa 'Para que este precioso derecho no se convierta en perjuicio de nuestra sociedad; pues vemos con inmenso dolor que ahora es la arma preferente de la discordia para despedazarnos y anonadarnos enteramente' » (Correa, 2013: 27).

como tal. Este es el primer paso con el cual se configura una identidad nacional, indistintamente de la calidad de las vías de comunicación de los países, los diversos climas de los que se compongan o las costumbres que imperen allí. Se trata de un proceso identitario constructivista en donde se hace presente una voluntad colectiva que impone una visión determinada de ella misma;⁴ sin embargo, durante la gestación de esta imagen el proceso es concebido en su momento como algo natural, incluso de carácter ontológico.

Dentro del conjunto de textos disponibles en la época, los artículos de costumbres serán uno de los principales vehículos transmisores del descontento de las élites ante su país, una república que luego de haber armado algunas de sus bases adolecía de aquello que personas como Simón Rodríguez solicitaba en sus escritos: habitantes republicanos.

HERIR A TODOS, MENTAR A NINGUNO. LOS EFECTOS INEVITABLES DEL ÚNICO DISCURSO POSIBLE

En su estudio sobre las crónicas de José Martí, Susana Rotker explica que una de las características que observa en la prensa de finales del siglo XIX, desde el punto de vista discursivo, era precisamente su falta de autonomía. Así, «Los mejores diarios publicaban, junto a las noticias recibidas a través del telégrafo, cartas personales, largos textos de opinión o de ficción producidos por grandes autores nacionales o extranjeros, avisos comerciales»; y no faltaban los ejemplos en los cuales, como en el diario *La Nación* de Argentina, se «daba cabida a textos científicos que hoy pueden ser leídos como ficciones y artículos políticos que en su momento fueron leídos como fábulas fantásticas» (Rotker en Martí, 2006: 21). En este sentido, los artículos de costumbres que comienzan a escribirse desde principio de la década de los años treinta del Siglo XIX participan

⁴ «Las identidades se aglutinan en torno a la nación y la tradición, que vienen a ser un punto de referencia básico (...) Las identidades son construcciones nacionales formuladas a partir de diferencias reales o inventadas que operan como señales que confieren una marca de distinción. Son ellas algo abstracto, pero necesario punto de referencia para las comunidades nacionales (...) Las primeras vivencias son determinantes para la construcción de identidades sociales, sean éstas étnicas, religiosas, regionales o nacionales» (Bracho, 2008: 76).

de este mismo síntoma. Textos que hoy serían considerados artículos de opinión, crónicas periodísticas o simplemente cuentos constituían para la mentalidad del momento la misma forma de abordar algo tan abstracto y a su vez tan cercano como las costumbres de una sociedad.

Si bien Mariano Picón Salas cataloga cronológicamente la primera etapa del costumbrismo entre los años 1830 y 1850,⁵ la mayoría de los artículos costumbristas de ese lapso comienzan a aparecer con periodicidad en 1839, fecha significativa y que daría pistas de cuáles habrían sido las vivencias de la república antes de comenzar a multiplicarse en ese tipo de textos. Por una parte, se publican, por primera vez en el país, las obras completas del escritor español Mariano José de Larra⁶, considerado el artífice del género y una influencia fundamental en quienes incursionen en él durante esa época. Por otra, el país venía atravesando una serie de debates políticos en los cuales un sector de la oposición, liderado por Antonio Leocadio Guzmán y Tomás Lander, reclamaba mayor participación en la cosa pública. Muchos de estos debates se hacían con un fuerte lenguaje, cargados de denuncias que, lejos de solucionar los conflictos, los acentuaban. En ese clima político un tanto inarmónico, se publica una Ley sobre Libertad de Imprenta que

Por un lado, permite la publicación de cualquier escrito sin censura previa, aún [*sic*] los religiosos. Por otro, contempla cuatro tipos de abusos a la libertad de imprenta: los escritos que ataquen a la República se consideran *sediciosos*, los que agreden el honor de las personas se denominan *libelos difamatorios*, los que ofendan las buenas costumbres y la moral pública se califican como *Obscenos o contrarios a las buenas costumbres* y aquellos que cuestionen los dogmas de la religión católica se denominan subversivos (en Correa, 2013: 28).

⁵ Los artículos que expondremos en este trabajo pertenecen a ese período.

⁶ En la nota editorial de la obra, publicada en tres tomos, se justificaba esta impresión no solo por la dispersión que había sufrido la obra general de De Larra, sino además porque sus textos «eran muy escasos y sumamente caros». Con esta aparición podríamos conjeturar que el autor se popularizó más aún entre el sector letrado venezolano, impulsando un género que, además de atractivo y cónsono con las necesidades intelectuales de Venezuela, no tenía arraigo por falta de contacto entre los lectores. El prólogo se puede leer en Varios (1966: 79-80).

Con relación al carácter difamatorio de los textos, este tenía lugar tanto si el hecho denunciado hubiese sido infundado como si no, por lo cual la persona siempre sería sancionada. Es evidente que estas acciones tarde o temprano terminarían por censurar a los editores y a los articulistas. ¿De qué servía señalar las fallas graves de una persona pública si, incluso teniendo las pruebas de tal hecho, el denunciante tenía las de perder? Ante una sociedad llena de vicios que no pueden ser atacados directamente en la prensa, ante la presencia de un conjunto de personas que desean un cambio en la sociedad y no hallan un mecanismo adecuado para efectuarlo, los artículos de costumbres se convierten en el vehículo más expedito para acusar sin mayores riesgos. Sin mencionar a alguien en específico, el ataque verbal va dirigido a un colectivo al cual se rechaza por su comportamiento social.

Es cierto que en esa exposición, a veces sarcástica, a veces francamente hostil, se evidencia un afán de reformar la sociedad, un tanto a la manera de los antiguos romanos con la sátira y su máxima por excelencia: *critica ridendo mores* (critica a las costumbres riendo). Pero también existe en esa risa un deseo de escarnecer que delata la impotencia de una élite que ve frustrado su anhelo de república civilizada y solo de ese modo halla una vía de desahogo que, a través del periódico, se expande por toda la nación. En este trabajo, se analizan tres textos publicados en 1839 y se exponen las constantes temáticas que mantienen.

«Contratiempos de un viajero»,⁷ de Juan Manuel Cagigal, pertenece a esa serie de artículos de costumbres que, leídos desde una mirada contemporánea, podrían ser vistos como crónicas. El autor tiene la intención de explicarle a los lectores las causas por las cuales no había podido continuar escribiendo en el periódico, y ese argumento será la trama que habrá de desarrollar en las líneas siguientes: las peripecias vividas desde que arribó al puerto de La Guaira y su recorrido por la serranía del Ávila hasta Caracas, a donde llega en plena celebración de carnavales.

Caracterizado por un lenguaje narrativo, la pluma de Cagigal pinta la geografía de aquella época, incluida la gente que habita en ella y sus costumbres. Pero no se trata del deseo de retratar para la historia

⁷ Fue editado en el *Correo de Caracas* el 7 de mayo de 1839, n° 18. Citamos aquí por la recopilación de Picón Salas (1980).

de manera objetiva una condición social determinada, sino que la pintura viene cargada de cierta animadversión desde el principio de la historia. Cuando el protagonista llega al puerto en las peores de las condiciones, le pregunta retóricamente al lector si cree que maldijo al puerto, a lo que contesta que no, «pues ni La Guaira es puerto, ni en luengos siglos lo será. ¿Qué es, pues? El emporio de Venezuela, su gran tesorería, la tierra predilecta de las tunas y cardones» (Cagigal en Picón Salas, 1980: 15-16). No será la primera mala impresión sobre un territorio atrasado. Cuando un baquiano le señale cuál es el camino real que lleva a Caracas y observe una cordillera áspera y fragosa le preguntará, creyendo que se burla de él, si piensa que su mula es cabra. Se trata nuevamente de una visión secuencial de un país que, aunque se ha independizado y busca poco a poco participar en el concierto de las naciones, no es más que un mal remedo de aquéllas, irrisorio para los extranjeros⁸.

Dignas de tal geografía parecieran ser las personas que habitan en ella, y no habría mejor ejemplo de esto que en la manera como las mujeres se comportan en los carnavales:

Las bellas de Caracas, armadas de descomunales jeringas, coronaban las puertas y ventanas de ambas aceras, y apenas me hube acercado a ellas, correspondieron a mi cortés saludo descargando sobre mi apuesta persona tal cantidad de agua, que no parecía sino que se habían abierto las cataratas del cielo (...) Mil pensamientos se cruzaron entonces en mi angustiada mente; y acaso hubiera creído que soñaba si un huevo, lanzado a manera de proyectil, no hubiera tenido el raro capricho de estrellarse en mi ojo derecho, dejándome completamente tuerto. (Cagigal en Picón Salas, 1980: 24-25)

Luego de tan ingrata y dolorosa experiencia le pide ayuda a una joven para que le lleve a un cirujano, a lo que ella le responde que no se preocupe, pues «en carnaval todo está permitido; y si algo echa de menos en su cara, consuéllese con saber que se encuentra en un

⁸ Un ejemplo de esto podría ser verse en el caso de sir Robert Ker Porter, quien en sus diarios retrata buena parte de ese atraso cultural y material venezolano con cierta ironía.

país en que todo va poco más de tuerto» (Cagigal en Picón Salas, 1980: 25). La historia concluye al modo de una comedia de enredos: ya en casa del médico, este sale a buscar sus instrumentos y, mientras el desdichado descansa, la hija del doctor le lanza un huevo que le lastima el otro ojo. Molesto, el viajero se levanta y está a punto de blandir la silla en contra de la mujer, pero se detiene. Es entonces cuando llega el doctor, interpreta que el herido ha iniciado el ataque contra su hija y blande el bisturí para defenderla, lo que hace huir al protagonista, incapaz de hacer frente «a quien contaba entre sus proezas un millón de muertos y venía armado de los instrumentos de su fatídica profesión» (*idem*: 27). Aunque bastante caricaturesco, no menos amarga es la imagen que se vislumbra de este relato: la de una sociedad incivilizada. Muchos lectores de su tiempo habrán reído la gracia del artículo de Cagigal, pero, ¿cuántos viajeros o conocedores del país no habrían avalado la experiencia que ahí se narra? Ficticio o no, el contenido expuesto era de una verosimilitud aplastante. Después de la risa, ¿qué quedaba? Una realidad negativa que seguía igual.

Otro texto del mismo autor, ahora con una tónica política, es «Quiero ser representante».⁹ Aquí la historia es nimia y sin el desplazamiento geográfico que se observa en «Contratiempos de un viajero»: un suscriptor llega hasta el lugar donde descansaba el editor del *Correo de Caracas* y le pide que, ya que ha sido concejal y diputado en muchos departamentos, le haga el favor de promocionarlo en el periódico para poder llegar a ser diputado al Congreso de la República. A partir de ahí se desarrolla una larga charla en la cual se deja en entredicho tanto la capacidad del ciudadano como la visión que este tiene de la política y su función en la sociedad. Lo curioso de esto es que, lejos de tener un carácter moralista, los hechos ocurren con una ironía tal que cuesta separarlo del cinismo. Ahí radica este nuevo ataque de Cagigal a la figura del venezolano ignorante y oportunista que en cierta medida abunda en la nación:

- ¿Y ha estudiado usted política? ¿Tiene usted libros que traten de ella? ¿Los ha leído usted?

- Lo que son libros, a la verdad, ninguno tengo; pero, en cambio, estoy suscrito a todos los periódicos

⁹ Publicado originalmente en el *Correo de Caracas* el 16 de julio de 1939, n° 28.

que se publican en esta capital; en los cuales, como usted no ignora, aprende uno cuanto hay que saber de tan sublime ciencia, sin asistir a las aulas ni quemarse las pestañas. (Cagigal en Picón Salas, 1980: 32-33)

A pesar de estas condiciones, el sujeto tiene la férrea voluntad de pretender dirigir los destinos del país. Con todo, no le parece al redactor mala idea, pues cuando el subscriptor le afirma que habrá de ser representante este le contesta: «¿Y por qué no? Muchos lo han sido sin saber la décima parte de lo que usted ignora» (*idem*: 38). Por si la situación de la política de aquellos momentos no pudiera ser más tragicómica, cuando llega un amigo a salvar al redactor de la charla, aquel comenta la petición; el amigo contesta que esto no le extraña, pues «son tantos sus acreedores que no es mucho sueño con la inmunidad» (*idem*: 39).

Es la picardía en estado puro, una patria que deja mucho que desear desde el punto de vista social y sobre todo que no ofrece más que desorden y falta de institucionalidad.

Nótese que esta visión se refiere al pueblo, no a la élite. Esta última no se representa en los artículos porque se concibe a sí misma como portadora de unos valores que no traiciona y que, por el contrario, encuentra en ellos las razones sobre los cuales el país debería cifrarse. La élite es la portadora del fuego sagrado de la civilización y los valores que esta trae consigo. En este sentido, actúa como una voz esclarecida que advierte al colectivo sobre los males que aquejan a la república, aunque no queda muy claro cuál es la solución a tomar¹⁰.

Su relación con el pueblo es, pues, problemática y antagónica. Al no aceptarse su comportamiento, siempre marginal frente a los

¹⁰ No está claro, pero lo está, aunque suene paradójico. El carácter ejemplar de estos textos tiene una naturaleza negativa, es decir, corrige en la medida en que muestra lo que no debe ser imitado. El problema radica en que no existe una respuesta por parte del colectivo y los problemas se mantienen. Así, aquello que en un principio fue salida para hacer público males o irregularidades que debían ser atendidos (la denuncia) desembocó a la postre en lugares comunes sobre la conducta cotidiana del venezolano y en consecuencia en una mala imagen de sí mismo como colectivo. No sería errado pensar que aquello que se vio como remedio al principio terminó siendo una enfermedad cuya penetración en el cuerpo social fue lenta, pero progresiva y de consecuencias perdurables.

patrones de civilidad, se acumula un desprecio en las élites que, por una parte, acentúa ese sentimiento de fracaso colectivo con relación al proyecto independentista a su vez que alimenta la convicción de este grupo de ser el único llamado a dirigir los destinos de la nación, cuando no un profundo sentimiento de desarraigo hacia ella.¹¹

«Los escritores y el vulgo»,¹² de Rafael María Baralt, forma parte de esta idea desde el mismo título del artículo. En él se hace una reflexión sobre el comportamiento del público común que quiere o suele ver en estos textos un señalamiento velado de alguien específico, y cómo los articulistas suelen encontrarse con muchos subscriptores que les demandan ser más explícito en sus cuartillas. El personaje con el que se ha encontrado el protagonista lo saluda con una «volubilidad pasmosa» para luego hacerle una demanda:

- Espero que usted dará pronto un articulejo de costumbres en *El Correo*. Me intereso mucho por ese papel y le prestaré mis esfuerzos para mantenerlo en boga. Aunque los redactores no hayan contado conmigo, no dejaré de enviarles una vez más que otra alguna cosa de mi caudal; pero amigo, volviendo a los artículos de costumbres, es preciso que usted contribuya con algunos y nos ayude. Contra ellos, amigo, contra los tontos; no hay que dejarlos respirar. Eso sí, no se nos venga usted con emplastos ni pasteles; claro, clarito: que la cosa se conozca; que se la pueda señalar con el dedo. Al diablo con los embozos; y luego, ¿para qué? ¿Acaso se dice otra cosa que lo que uno sabe? No, nada: la diferencia está en que se imprime. Con que así,

¹¹ Dichas ideas arraigan en la producción intelectual y artística del país incluso en períodos en donde obras como *Venezuela heroica* (1883, en su versión definitiva) han sido articuladas dentro de la estructura sociocultural como un proyecto afirmativo de la identidad venezolana. Piénsese en los casos del proyecto político elitista de *Cesarismo democrático* (1919), de Laureano Vallenilla Lanz, o en el profundo desencanto social de la intelectualidad que Manuel Díaz Rodríguez expone en su novela *Ídolos rotos* (1901). No se piense que en el siglo XXI el fenómeno cesa, pues en obras como *La otra isla* (2005), de Francisco Suniaga, persiste una representación heterodoxa de la tierra y la sociedad margariteñas (las cuales, debido a su condición turística, tienen una visión estereotipada), donde el ambiente isleño, la corrupción y el desorden de sus habitantes conforman una esencia del ser venezolano. Más allá de su construcción estética, estos textos deben entenderse en cierta medida como consecuencia de esa visión negativa que viene desarrollando la nación con relación a sí misma desde los inicios de su emancipación.

¹² Publicado originalmente en el *Correo de Caracas* el 13 de febrero de 1839.

amigo, al grano. Las costumbres todos las tenemos; lo curioso y lo salado son las particularidades, y además sólo así puede usted tener el gusto de verse reimpresso en París, Madrid y Londres. (Baralt en Picón Salas, 1980: 64)

En pocas palabras, el ciudadano exige del escritor que se burle de personas específicas y no de personajes generales. Demanda una referencia real de la cual se pueda escarnecer y reír más y mejor que en aquellas situaciones hipotéticas en las que usualmente participa cualquiera. Esta situación vivida por el autor, además de ser moralmente inaceptable y humanamente indignante (tanto que hace de la experiencia vivida con aquel hombre el tema del artículo de esa semana), podría considerarse como la demostración palpable del fracaso de los artículos de costumbres como mecanismos intelectuales de corrección social. Lejos de moralizar, acentúan el mal, incentivando la morbosidad de la gente para regodearse en el escarnio, en una suerte de diversión profana y altamente plebeya. Es por eso que no hay reconciliación posible entre el intelectual (escritor) y el pueblo (vulgo), así el desprecio se hace público:

De ti digo [se refiere al vulgo] que, inconsecuente aun en tus momentos lúcidos, te ríes de lo que escandaliza, de ti diré que la novedad te deleita, la verdad te irrita, el deshonor del prójimo te place; de ti diré que buscas alusiones porque ellas son el alimento de tu malicia y crees encontrarlas, porque como necio, te juzgas sabio, travieso y entendido. (Baralt en Picón Salas, 1980: 63)

¿Qué otra cosa sino un pueblo malo y pervertido puede ser aquel que tenga estas características, en apariencia incorregibles? Un problema sistemático aqueja a la nación venezolana: la falta de ciudadanos de verdad, o lo que viene a ser lo mismo, la presencia abrumadora de ciudadanos de papel.

Los herederos del proyecto republicano perciben que se encuentran solos ante una empresa a todas luces ingrata: construir una ciudadanía. Pareciera que a la Providencia no le hubiese bastado con que las arcas del Estado estuviesen vacías, las actividades

económicas en un nivel muy bajo y con una deuda externa casi imposible de cancelar. A eso habría que sumarle una población escasa, analfabeta y, para colmo, envilecida por la viveza, la maledicencia y el arribismo.

Indistintamente de que el género adquiriera muchas interpretaciones a lo largo de su historia, la verdad es que su marcada finalidad social seguirá estando presente hasta finas del siglo XIX, cuando se le considere acabado. Que en 1839, época donde se conoce con profusión la obra de Mariano José de Larra y se publica una nueva Ley de Imprenta, se escriba con este tenor nos habla de la habilidad del sector intelectual con la cual evade la censura, así como su capacidad de asimilar la cultura europea (que a fin de cuentas era la única posible y aceptable como propia) sin perder por ello los elementos autóctonos donde se gesta. No se trató de una escritura con fines abiertamente estéticos, aunque le sirvió a muchos para hacer gimnasia con la pluma y alcanzar proyectos con esos fines. Por eso, al mismo tiempo que se dibujaba con arte una situación local se creaba a su vez un testimonio que habría de servir como termómetro social para ver cómo los venezolanos se percibieron a sí mismos durante más de cincuenta años.

Poco de eso habrá de cambiar. Venezuela seguirá viéndose como un mal ejemplo para sí misma, a pesar de los esfuerzos que se realizan desde el Gobierno para contrarrestar esta situación y de la calidad de los intelectuales que surgen en su momento.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Baralt, R. M. (1980). Los escritores y el vulgo. En M. Picón Salas (comp.). *Costumbristas venezolanos del siglo XIX* (61-66). Caracas: Monte Ávila.
- Bracho, J. (2008). *Globalización, regionalización, integración*. Caracas: Universidad Experimental Libertador.
- Cagigal, J. M. (1980). Contratiempos de un viajero. En M. Picón Salas (comp.). *Costumbristas venezolanos del siglo XIX* (14-27). Caracas: Monte Ávila.
- Cagigal, J. M. (1980). Quiero ser representante. En M. Picón Salas (comp.). *Costumbristas venezolanos del siglo XIX* (28-39). Caracas: Monte Ávila.

- Carrera Damas, G. (1969). *El culto a Bolívar. Esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Correa, P. D. (2013). *La patria pícara. Estudio sobre la prensa jocoseria venezolana en el siglo XIX*. Caracas: Academia Venezolana de la Historia.
- González, J. V. (1986). Fermín Toro. En *Páginas escogidas (22-27)*. Caracas: Monte Ávila.
- Manrique, J. (2001). *Coplas, canciones y otros poemas*. Barcelona, España: Plaza & Janés.
- Picón Salas, Mariano (comp.) (1980). Prólogo. En *Costumbristas venezolanos del siglo XIX* (pp. 5-9). Caracas: Monte Ávila.
- Porter, R. K. (1997). *Diario de un diplomático británico en Venezuela: 1825-1842*. Caracas: Fundación Polar.
- Rotker, S. (2006). Prólogo. En J. Martí. *Crónicas* (pp. 13-32). Caracas: Debate.
- Straka, T. (2011). La épica del desencanto: Eduardo Blanco ante su historia. En B. González Stephan y C. Sandoval (coords.). *Fijar la patria. Eduardo Blanco y el imaginario venezolano* (17-54). Caracas: bid & co.
- Varios (1966). *Testimonios culturales*. Caracas: Presidencia de la República.

